

Don Javier Etayo (recuerdos de un discípulo)

Me encuentro abrumado al tratar de dibujar una semblanza del profesor José Javier Etayo Miqueo. No solo por la magnitud y el talento de quien nos ha dejado, sino porque aún me siento afectado por su ausencia. Pero no puedo fallar. Y me pongo a recordar, sumido en la nostalgia, evocaciones y vivencias compartidas...

En el curso 1967-68 me matriculé en Selectivo de Ciencias, con la probable intención de pasar luego a segundo de Ingeniería, si bien, ciertamente, no tenía definida del todo mi vocación. El primer día de clase vimos aparecer a un hombre alto, delgado, con las manos cruzadas por detrás y la cabeza ligeramente ladeada: era el Prof. Etayo, que iba a impartirnos las asignaturas de Álgebra Lineal y Cálculo Infinitesimal.

Empezó su tarea, y enseguida comencé a percibir una visión de la matemática totalmente novedosa para mí, y pienso que para los demás compañeros. Por entonces me parece que acababa de implantarse la matemática moderna en el curso Preuniversitario, de la que naturalmente había estudiado unas nociones elementales el año anterior, pero que no llegué a comprender de verdad. Pues ahora sí que la entendía: aquellas dotes pedagógicas de Etayo para explicar a los alumnos de primero, por ejemplo, el concepto de conjunto cociente, las estructuras algebraicas, la introducción de las matrices a partir de las aplicaciones lineales y tantas otras ideas, dejaron una profunda huella en mí y, años más tarde, aunque fueran torpemente transmitidas, acaso también en mis alumnos. Pero su maestría en la explicación de los conceptos no solo se limitaba al Álgebra, sino que continuó del mismo modo con los fundamentales del Cálculo. Esa noción de diferencial que no he visto escrita en texto alguno o los problemas de aproximación local de una función, que se resuelven en un primer escalón con la recta tangente y que desembocan luego en el desarrollo de Taylor, me permitió empezar a contemplar la matemática de una manera muy diferente: elegante, majestuosa, sintética, pero además, soporte de otras ciencias y capaz de estructurar en cierta medida la realidad y de resolver algunos de sus problemas.

Ahora sí sabía lo que iba a estudiar: esta ciencia que se abría nueva para mí. Y ese cambio de rumbo tuvo un "culpable": D. Javier Etayo.

Pasaron años de carrera y volví a tenerle como profesor en la asignatura Geometría IV (Geometría Diferencial), de quinto, en donde nos sumergimos en las variedades diferenciables y los espacios fibrados. Aquí empecé a conocerlo de manera más cercana, pues además ocupaba el cargo de vicedecano de la Facultad y yo era el jefe de la Tuna de Ciencias, motivo por el cual mantuvimos conversaciones y relaciones de otra índole, menos matemáticas.

Una vez finalizada la licenciatura, en 1972, y teniendo en cuenta que en las tres materias que me dio había conseguido buenas calificaciones, me armé de valor, le abordé por un pasillo y le dije abiertamente que me gustaría trabajar con él. La verdad es que no tuvo que pensarlo mucho, porque enseguida me respondió que trataría de buscarme un hueco en su cátedra. Y así ocurrió; poco después me dirigió a Carolina Cuartero, que organizaba los grupos de prácticas, y comencé a dar clases de problemas.

Con Carolina y Etayo, pues, di mis primeros pasos como profesor, y también con Manolita y José Carrasco. Y hoy se me amontonan recuerdos de aquella época, correspondientes a mis cuatro años de profesor ayudante. Mis primeras clases, acompañado de Carolina, los exámenes conjuntos con los grupos de D. Pedro y sus colaboradores (Juan Luis, Nacho Luengo, Mary Asun...), pero también las cenas, que generalmente organizaba Carrasco. Nos reuníamos Etayo y Laura, Manolita y Balta, Carrasco y su esposa, Carolina y yo, y a veces alguien más. Me viene en particular a la memoria la noche que fuimos a *El Último Cuplé* a escuchar a Olga Ramos y terminamos cantando con ella, aunque con algún gesto de aparente desaprobación de Carolina, que en cambio no paraba de reír.

Etayo me enseñó igualmente a investigar. No metía prisas, pero de vez en cuando me traía artículos sobre conexiones y sus generalizaciones, para que los fuera leyendo e hiciera la tesina, cuya dirección continuó en la correspondencia epistolar que mantuvimos mientras hice el servicio militar en Melilla, y que finalmente presenté.

Había entonces, sin embargo, pocas perspectivas profesionales a corto plazo en la Facultad. Hubo otros compañeros que tuvieron más fe y paciencia, y esperaron, pero algunos, como yo (y María Gaspar, las hermanas Garbayo, Juan Luis...) opositamos a cátedra de Instituto y nos repartimos por la geografía nacional. Yo obtuve plaza en Linares y hube de abandonar la Facultad, pero la relación continuó; y se hizo aún más estrecha cuando regresé a la provincia de Madrid. Empecé a reunirme con Etayo generalmente los sábados por la mañana, que también iba a la Facultad, para poco a poco ir elaborando la tesis bajo su dirección.

Todavía guardo varios papelitos -hojas de calendario de mesa- con anotaciones suyas repletas de fórmulas, escritas casi siempre a lápiz, en ocasiones minúsculo, que prolongaba artificialmente con un suplemento o funda metálica de las que existían entonces, en las que se introducía la parte final del lápiz para poder sujetarlo con la mano. Alguna broma le hice sobre esas costumbres, que, me dijo, había adquirido por la escasez de papel y de útiles de escribir en los años de la posguerra.

Leí la tesis en 1983 y, aunque seguía fuera de la Facultad, me animó a continuar investigando. Corrigió mis primeros artículos y con él empecé a asistir a congresos. Recuerdo especialmente las Jornadas Hispano-Lusas de Murcia, a las que fuimos Etayo, Laura, su hijo Javier, Carolina y yo, en el coche de Carolina. Creo que era la primera vez que presentaba una comunicación y tenía ciertos nervios, pero ahí estaba Etayo presente en la sala para echarme una mano si hiciera falta. Tuve ocasión de percibir el aprecio y el respeto de que gozaba en todos los sitios; era un lujo acudir a su lado y escuchar sus intervenciones, como la conferencia de clausura en las Jornadas Hispano-Lusas de Badajoz: “75 años de vida matemática”, que a alguno nos movería luego a seguir indagando sobre nuestro pasado matemático.

En 1987, cuando se creó la figura de profesor asociado, regresé a la Facultad, pero esta vez al Departamento de Álgebra. Se jubilaba Gonzalo Calero y le sustituí en las asignaturas que impartía: Metodología de la Matemática II y Prácticas de Enseñanza. Yo ya no estaba en el mismo departamento que D. Javier, pero cuánto contribuyeron, él y Carolina, a la preparación de esas materias, que yo no había cursado. Tras cuatro años en esa situación abandoné la Facultad y el Instituto, y me incorporé a una cátedra de Escuela Universitaria de la Universidad Autónoma de Madrid.

Pero volvamos con Etayo y otra importante faceta de su vida: su trabajo en la Real Academia de Ciencias. Lo primero que me viene a la memoria es su recepción en 1983, con su fino discurso “Pequeña historia de las conexiones geométricas”, contestado por Linés. Allí estaban en primera fila Laura y sus hijos, su familia y, detrás, todos nosotros, orgullosos; con Laura especialmente emocionada (“¿habéis visto lo guapo que está con el frac?”, comentó en voz baja).

Era la primera vez que yo asistía a la Academia, pero no fue ni mucho menos la última. Disfruté escuchando discursos de Guzmán, Montesinos, Jiménez Guerra, Bombal..., y cómo no, de Etayo. “El Álgebra del cinquecento” o “Los caminos de la Geometría”, y particularmente su discurso inaugural del año académico 1990-91, “De cómo hablan los matemáticos y algunos otros”, así como “El matemático loco de Cervantes”, en el Instituto de España en sesión conmemorativa del Día del Libro, han dejado en mí un recuerdo imborrable.

Siempre que le pedía algo, y no fueron pocas veces, accedía a ello (aunque en ocasiones apostillaba: “¡pero en qué líos me mete usted, Peralta!”, yo sé que lo decía con la boca chica); y su colaboración era garantía de éxito seguro. Una de tantas fue, por ejemplo, la conferencia de clausura “Una correspondencia difícil” -muy aplaudida por los asistentes- que pronunció en el curso de formación de profesores de secundaria que dirigí en la Universidad Menéndez Pelayo en 1997. Lo organicé conjuntamente con Vizmanos, e invitamos, además de a Etayo, a Emma Castelnuovo, junto a otros amigos de siempre: Eugenio Roanes, Alberto Pérez de Vargas, Tomás Recio... En el Palacio de la Magdalena alojaron a los dos pesos pesados: Emma y Etayo (en habitaciones con puerta de dos hojas, como decía José Ramón), y a los organizadores: Vizmanos y yo (pero en habitaciones con puerta de una hoja), mientras que a los demás los instalaron en un buen hotel, cercano. Recuerdo que Fernando estuvo también con nosotros, y me parece que alguna vez, asimismo, sus hijos visitaron “el castillo del abuelo”.

Otra faceta suya que quería resaltar es lo bien que escribía, su buen uso del lenguaje. Dejó constancia de ello en innumerables publicaciones y como crítico científico en dos diarios, pero yo particularmente lo comprobé con ocasión de la elaboración del *Diccionario esencial de las Ciencias*, de la Real Academia de Ciencias, editado en 1999. De la parte de matemáticas, salvo estadística y

probabilidad, se encargó Etayo, con quien colaboramos Carolina y yo. Tras hacer una lista, repartimos las palabras, y nos reuníamos los lunes en el despacho de Etayo para comunicarnos y pulir, si fuera necesario, lo que había redactado cada uno. Me quedé sorprendido de su precisión y claridad frente a nuestras torpes definiciones; por ejemplo, si yo llevaba escrito como definición de concavidad: “se dice que una curva es cóncava...”, él me corregía (“tiene usted que comenzar por un sustantivo”) y, así, resultaba: “posición de una curva plana...”. Sin duda, él me enseñó a escribir mejor.

He de advertir que no conozco su biografía entera: ni acerca de los años transcurridos antes de ubicarse en Madrid ni de su actividad en el Consejo. De lo que sí fui testigo de algún modo es de la importancia de su esposa Laura en su vida. Con ella acudía a todos los sitios, y ¡qué bien se compenetraban!

Me es difícil olvidar el curso 1991-92 por varias circunstancias personales y porque Etayo se jubiló al cumplir los 65 años -esa era la normativa- y había sido nombrado profesor emérito. Además del libro en su honor, que coordinaron Montesinos y Tarrés, guardo en mi memoria dos homenajes que se le hicieron, uno de la Sociedad Puig Adam -organizado por Roanes- y otro del círculo más íntimo de la Facultad -a cargo de Carolina-, y a los que lógicamente asistió acompañado de Laura. Pero también recuerdo que quizá el 14 de Septiembre de 1992, una de tantas veces que fui a ver a Etayo a la Facultad, nos comentó a Salinas y a mí, que acababa de estar con Laura en Segovia visitando la Academia de Artillería, verdadero museo científico, y que habían comido y los habían tratado estupendamente. Esa fue la última vez que le oí hablar de su esposa, pues falleció el día 15. Seguramente fue el golpe más duro de su vida -al menos de lo que yo conozco-, del que tardaría mucho tiempo en recuperarse, y me parece que nunca lo hizo del todo.

Dejemos de lado ese triste episodio para poner de relieve el papel jugado por Etayo en la matemática española, que comenzó de la mano de su maestro, D. Pedro Abellanas. Fue vicedecano de la Facultad; miembro de la Comisión Gestora de la Autónoma de Madrid; secretario del Patronato “Alfonso X el Sabio”; Consejero Nacional de Educación y del CSIC; secretario, vicepresidente y presidente de la Real Sociedad Matemática Española; secretario de la Academia; presidente de la Sociedad Puig Adam de Profesores de Matemáticas... O sea, un referente institucional de la matemática de nuestro país en el último medio siglo.

En cuanto a la repercusión de su obra matemática, es por todos conocido que fue esencialmente un geómetra, que abrió caminos en una etapa en que la investigación en España no era nada fácil. Es cierto que a partir de 1990, y no digamos del 2000, nuestra matemática ha sufrido un vuelco espectacular, pero fueron Etayo y otros matemáticos de su generación quienes pusieron las bases para ello. Sin embargo, me parece que su labor no ha sido suficientemente reconocida.

Hay también un aspecto suyo que dejó huella en muchos de nosotros; me refiero a su proyección didáctica.

D. Javier era un excelente profesor y ocupó la jefatura del Departamento de Matemáticas de la denominada Escuela de Formación de Profesorado de Grado Medio, de 1965 a 1969. Sus libros de texto de bachillerato y COU y su célebre *Conceptos y métodos de la matemática moderna*, creo que han sido fundamentales en la formación de muchos jóvenes españoles. Fue sin duda un maestro en esa didáctica de la matemática de la que me encuentro tan próximo (aunque no coincide exactamente con la consideración actual): la didáctica de Puig Adam, de Emma Castelnuovo, de Pascual Ibarra, de Miguel de Guzmán, de Eugenio Roanes..., de Javier Etayo.

Creo que también cabría decir de él que ha sido lo que podíamos denominar un matemático humanista, pues ha hecho mucho por resaltar la innegable componente cultural de las matemáticas y su interrelación con otras áreas del saber no exclusivamente científicas. La labor desarrollada en este campo se asemejaría a la función simbólica que me parece que juega el Puente de las Artes de París, que enlaza la Academia de Ciencias con el Museo del Louvre: las ciencias y las artes. Y acaso baste para confirmar mi opinión con leer su precioso capítulo del libro *Enseñanza de las Matemáticas en la Educación Secundaria*, en donde contempla la matemática como pieza capital de las artes liberales. A mí al menos, a partir de ahí, se me presentó una visión suya antes desconocida; del mismo modo que el discurso de inauguración de curso en la Academia, ya citado, me hizo reflexionar acerca de la conexión de nuestra ciencia con el lenguaje.

Etayo era un amante de la buena mesa, y también le gustaba viajar y patear los lugares que visitaba; y solía hacerlo a grandes zancadas. No hace tanto que me costaba seguirle, paseando por Cambrils, en donde a veces nos vimos. Y, ¡con qué agilidad salía de la Academia si nadie lo

esperaba!: en vez de cambiarse de ropa, se iba presto con la gabardina puesta encima del frac (por la que sobresalían levemente los faldones) a tomar el autobús.

Sentía mucho afecto por la Universidad de Zaragoza, en donde estudió y fue catedrático algunos años, y por Pamplona, su ciudad natal. En algún momento me habló de la jota navarra (y de la aragonesa, claro) e incluso del Osasuna; así como de sus fiestas (creo que le invitaban, como pamplonés ilustre, a la celebración de los sanfermines en Madrid) y de su gastronomía. Recuerdo, por ejemplo, que en el prólogo que le pedimos que hiciera del libro *Matemáticos madrileños*, escrito con motivo del Año Mundial de las Matemáticas, comentaba que una vez en la carta de un restaurante de Budapest encontró una “trucha a la navarra”, que desde luego no pidió, y explicaba: “*no tanto porque de seguro no sería una trucha pescada en el Irati, sino porque vayan ustedes a saber qué clase de magra le habrían puesto y, sobre todo, cómo la habrían cocinado*”.

Pero también tenía un gran cariño a la Complutense, la universidad a la que dedicó la mayor parte de su vida y a donde hasta hace muy poco aún acudía (en una ocasión me comentó que era más importante ser rector de la Complutense que consejero de Educación, sobre lo que, por cierto, opino lo mismo). Etayo fue esencialmente un universitario, de los pies a la cabeza y buen conocedor de sus tradiciones. Lo veo ahora con su traje académico acompañándome al acto de mi investidura de doctor en el Paraninfo de San Bernardo, explicándome el significado de la toga, el birrete, los guantes blancos, el anillo, el libro de la ciencia...; y se mezclan en mí sentimientos de nostalgia al recordar ese día con los de tristeza por su ausencia, pero igualmente con otros de orgullo y alegría por haber tenido el privilegio de recibir sus enseñanzas.

Es obligado que destaque asimismo algo que para él era fundamental: sus firmes convicciones religiosas. Como también su carácter amable y conciliador, su erudición, su discreción, su fina ironía, su bonhomía... Todo un caballero.

En marzo estuvo en Santander, en donde el rector de la Universidad de Cantabria le impuso la insignia de la Olimpiada Matemática Española, que él había impulsado, y se encontraba bien. Pero a mediados de mayo aparecieron problemas serios de salud. Yo lo vi por última vez el 9 de septiembre, acompañado como siempre por su familia: sus hijos, su hermana, Almudena...; estaba en sus últimos momentos, su desenlace era inminente. El día 11 me llamó Javier con una voz que intentaba no quebrarse para comunicarme el fallecimiento.

Al final nos dejaba el patriarca de una gran familia, y posiblemente el último superviviente de la generación que sentó los cimientos para el buen estado actual de nuestra matemática. No solo a sus hijos ha dejado huérfanos, sino también en cierta medida a alguno de nosotros. Tengo presente ahora mismo los gestos de dolor en el cementerio, además de los de su familia, de Conchita Romo, de Montesinos..., las lágrimas que Manolita apenas pudo reprimir, y que ahora yo trato de controlar al evocar tantos recuerdos.

Muchas gracias, maestro, por el ejemplo de su vida, por su compañía y guía a lo largo de tantos años; un abrazo, querido amigo. Ya no está entre nosotros, pero veo su rostro en el horizonte; se encuentra en el lugar en donde descansan los hombres buenos. Que Dios le bendiga.

Javier Peralta